LO FEMENINO EN LA BIBLIA

EL IDEAL DE LA MUJER EN LA BIBLIA

LA MUJER ANTE LA BIBLIA
ALGUNAS PERSONAS TIENEN LA IDEA ERRÓNEA, DE QUE LA MUJER

IDEAL EN LA BIBLIA ES RETRAIDA, SERVIL Y COMPLETAMENTE CASERA. NO ES ASI. PROVERBIOS 31 NOS CUENTA DE UNA MUJER,

ESTA MUJER ES UNA EXELENTE ESPOSA Y MADRE. ES ADEMÁS FABRICANTE, IMPORTADORA, ADMINISTRADORA, CORREDORA DE BIENES RAICES, GRANJERA COSTURERA, TAPICERA Y COMERCIANTE.

SIN EMBARGO SU FORTALEZA Y DIGNIDAD NO SON EL RESULTADO DE SUS SORPRENDENTES LOGROS. SON EL RESULTADO DE QUE TEME A DIOS.

UNA DE LAS CUALIDADES DE LA MADUREZ DE UNA MUJER ,SEA CASADA, VIUDA, ANCIANA, DIVORCIADA O SOLTERA, ES QUE SEA "DIGNA DE HONRRA Y RESPETO" EL DESARROLO DE LA CUALIDAD DE RESPETO Y DIGNIDADEN NUESTRAS VIDAS, TIENE QUE VER CON LO QUE PENSAMOS,"POR LO DEMAS HERMANOS TODO LO QUE ES VERDADERO, TODO LO HONESTO, TODO LO JUSTO, TODO LO PURO, TODO LO DESARROLLEMOS EL RESPETO POR NOSOTRAS MISMAS Y EL RESPETO HACIA LOS DEMAS. PREGUNTEMONOS HONESTAMENTE:- QUE COSA EN MI PERSONA INDICA QUE TENGO RESPETO POR MI MISMA?

1- ESTOY CONFORME CONMIGO MISMA? EL RESPETO POR NOSOTROS MISMOS NO SIGNIFICA ORGULLO. LA BIBLIA DICE QUE DEBEMOS AMAR A

AMABLE, TODO LO QUE ES DE BUEN NOMBRE; SI HAY VIRTUD ALGUNA, SI ALGO DIGNO DE ALABANZA EN ESTO PENSAD' (Fel 4,8) NO PODEMOS ESPERAR QUE OTROS NOS RESPETEN SI PENSAMOS EN COSAS QUE SON DESHONESTAS E INDIGNAS. CUALES SON LAS COSAS QUE UNA PUEDE PENSAR Y HACER QUE PUEDAN HACERLE PERDER EL RESPETO POR SI MISMA Y EL RESPETO DE LOS DEMAS?-LA LITERATURA, PROGRAMAS DE TELEVISION, EL CINE, CUALQUIER COSA QUE ESTIMULA LOS APETITOS CARNALES. LAS NUESTRO SEMEJANTE COMO A NOSOTROS MISMOS.

2-SI SOY SOLTERA,-MIS COMPANEROS DEL SEXO OPUESTO SIENTEN RESPETO POR MI? SI SOY CASADA-LO HACEN MI MARIDO Y MIS HIJOS?-MIS AMIGOS INTIMOS U OTROS MIEMBROS DEL CUERPO DE CRISTO? NO SIEMPRE LO QUE PENSAMOS DE NOSOTRAS MISMAS, INDICA QUE ES EL SENTIMIENTO DE LOS DEMAS ACERCA DE NOSOTRAS. PODEMOS -MIRARNOS AL ESPEJO- Y SENTIRNOS MUY MAL PERO LOS

NOVELAS, ARTICULOS DE REVISTAS, RESALTAN LOS APETITOS DE LA CARNE Y PONENSU ENFASIS EN LA MENTIRA, SEXO LIBRE, CHISME, LENGUAJE PROFANO Y SUCIO. CUALQUIER MUJER CRISTIANA QUE TOMA EN SERI LAS ALTAS NORMAS DE DIOS EN SU VIDA, PERO AL MISMO TIEMPO PERMITE QUE SU MENTE PIENSE EN TALES COSOS, TARDE O TEMPRANO PERDERA EL RESPETO POR SI MISMA Y ESTARA EN PELIGRO DE PERDER EL RESPETO DE SU MARIDO, SUS HIJOS Y AMISTADES."PORQUE CUAL ES SU DEMAS PUEDEN VERNOS COMO BUENAS PERSONAS Y AGRADABLES.-HAY ACTITUDES Y ACCIONES EN NUESTRAS VIDAS QUE ESTEN CONTRA LO QUE ENSENA LA ESCRITURA?- TENGO PROBLEMAS MORALES?-SOY UNA PERSONA AMARGADA?- SOY ORGULLOSA Y ARROGANTE?- ME GUSTA PRACTICAR EL CHISME? SI SU RESPUESTA ES SI, A CUALQUIERA DE ESTAS PREGUNTAS, ESTA ES TAL VEZ LA CAUSA POR LA CUAL NO SIENTE RESPETO POR SI MISMA

PENSAMIENTO EN SU
CORAZON, TAL ES
EL. PROV.23:7

Espero que estas páginas te ayuden a tener más aprecio y consideración con la mujer, creada como el hombre a imagen y semejanza de Dios
Con afecto, Felipe Santos, SDB

Pamplona-13-11-08

Marta y María,
un conflicto entre hermanas

Cristo en casa de Marta y María
Jan Vermeer van Delft
Óleo sobre tela, 1654-55
National Gallery of Scotland, Edinburgh

LEE EL RELATO EN LUCAS 10,38-41

Jesús va de camino a Jerusalén(Luc 9,31 ss). Acaba de contar la historia del buen samaritano que desciende a Jericó, mientras que él está subiendo a Jerusalén. ¿ Viene de Jericó situado 27 kilómetros de Jerusalén? ¿Ha dado esta vuelta viniendo de Samaria? El camino es difícil, aparte des bandidos que hay en la zona.

En la Biblia, las localidades, rodeadas de murallas y abrigaban a la población, pueden compararse con las madres que abrigan en su seno a sus hijos. Jesús, que viene con sus discípulos de vivir la dificultad de ser acogido en algunas ciudades, sube a la Jerusalén terrestre, engendrada de la carne, pero también a la Jerusalén de arriba, madre que engendrará por el espíritu (Gálatas 4,26).En esta subida, y como para reponer fuerzas ante las pruebas que le aguardan, Jesús entra en la villa de Betania en la casa de Marta (Juan 11,1).

La casa simboliza el refugio y el seno materno, el ser interior y los movimientos del alma asimilados a los desplazamientos en una casa, entre un sitio y otro de la misma. Hay una proximidad de raíz en hebreo entre la palabra casa y la palabra “bat”, hermana uterina, habitante de una villa.

Así, contando la bajada del buen samaritano y la subida de Jesús, el texto de Lucas dice la capacidad de Jesús en agravar las dificultades para hacer bajar a Dios a la tierra y afrontar la bajada a los infiernos para que el alma suba a Dios. Y dice al mismo tiempo, de manera más inconsciente y más secreta, la necesidad imperativa de Jesús de abastecerse, de encontrare un refugio para dejar a su alma la posibilidad de alimentarse: la subida a Jerusalén, madre espiritual, parada en el pueblo, pausa en la casa de “hermana Marta”. Y si Lucas no hace mención de Betania en este texto, es aquí en donde situará la narración de la Ascensión en el capítulo 24, es de aquí de donde el Resucitado descendido a los infiernos subirá junto al Padre.

Marta recibe a Jesús en su casa. Lo acoge en su propia casa, lo que indica que es una mujer independiente, dueña de su vida y administradora de sus propios bienes. Eso se refuerza por su nombre, Marta, nombre único en la Biblia y que significa “dama, dueña”. Tiene un hermano, Lázaro, y una hermana, María. En el Evangelio de Juan (capítulos 11 y 12), Lázaro muere y Jesús lo resucita después

de una de las más bellas declaraciones de fe del evangelio, hecha por Marta.

Marta es la mujer que va por delante de la gente y de las cosas, que dice lo que hay que decir, que hace lo que tiene que hacer y lo hace con una confianza inquebrantable en la vida y en Dios. Es capaz de afrontar la realidad de la muerte y creer que todo es posible. Y Jesús la quiere mucho (Juan 11,5).

Lo que coloca también su diálogo bajo otro punto de vista: son amigos y se hablan con toda la franqueza de la amistad.

Marta recibe a Jesús en su casa. Es un poco el zafarrancho de combate. Hay mucho que organizar, es un servicio complicado. Sin duda que la intendencia no es fácil con todos estos gallardos que desembarcan, hace falta proporcionar agua para la purificación, alimentar y quizá alojarlos.¿Cuántos son? Un poco antes, se dice que Jesús había nombrado a 72 nuevos discípulos. ¿Están todos con él? Sin contar los vecinos que vienen a ver lo que pasa... Podemos hacernos una idea de la agitación que debía reinar en la casa. En todo caso, según Lucas, la situación a la que Marta se enfrenta es suficientemente complicada para hacer mención explícitamente.

Marta acoge a Jesús y su séquito con toda libertad, presente y atenta, encarnando a este buen samaritano del que Jesús acaba de hablar. La parábola se terminaba con un envío: « Ve » y todos se pusieron en camino. La llegada a Betania es un poco la continuación de un camino emprendido a partir de la cuestión: ¿quién es mi prójimo? En su historia, Jesús afirmaba la proximidad de aquel que ha tomado cuidado, con toda libertad, del herido.

No del que escucha la palabra y reflexiona en su sentido, y no aquel que la transpone en lo ordinario bajo forma de leyes y reglamentos, sino de aquel que hace lo que hay que hacer diariamente.

Ahora, miradlo refugiado en casa de Marta, eficaz en ofrecerle un abrigo, un tiempo y un descanso, que hace lo que hay que hacer. Y Jesús lo trastorna todo: Marta se cuida de Jesús y María escucha, pero la mejor parte recae en María. Entonces, ¿qué?

Con Jesús, nunca reglas de comportamiento definitivas o de encierros. Hay que esperar en cada momento para ser
trastornado. En este momento preciso, el trastorno viene del cuestionamiento de Marta. Hace lo que es preciso, pero también dice lo que piensa. Y lo que

piensa no se dirige a María, sino a Jesús: « ¿Es que no te importa que mi hermana me deje sola en el servicio? Dile que me ayude »´.

Mirad lo que es inhabitual: una mujer dueña y libre que pide a un hombre extraño en su hogar que se mezcle en asuntos no sólo domésticos sino familiares. Un signo más de la amistad que los une, pero también de la libertad de esta mujer que no teme de aparecer en un mal día, que no teme expresar claramente su descontento y sus expectativa, que no guarda su rencor en un rincón sino que manifiesta su insatisfacción y su frustración. Una mujer que sabe decir cuándo necesita ayuda y cuando piensa que su invitado acapara demasiada atención. No teme siquiera pasar por una mala huésped o una hermana celosa. Maravillosa Marta, franca, fiel y directa, incluso delante de su amigo, su invitado.

Pero ¿por qué no se dirige a María? Aparentemente, no piensa para qué sirve eso. ¿Se ha dado cuenta de que María está locamente enamorada de Jesús, como lo sugiere el texto al mencionar que se instala a sus pies, como Ruth a los pies de Booz ?

Marta en todo caso ve a su hermana escuchar la palabra de Jesús. Está enteramente absorta. Palabra singular y escucha única, tan queridas al pueblo judío, en eco al « Escucha Israel» abriendo las Diez

Palabras; que implica un compromiso de toda la persona y comunidad en la escucha, una disponibilidad interior en vínculo con lo divino y una capacidad de obediencia. Escuchar a Jesús, es también revisitar las Diez Palabras de manera renovada.

Marta parece pensar que solo Jesús puede arrancar a María de su meditación, de su contemplación, de su recogimiento y devolverla al trabajo doméstico.

Con su interpelación parece decir que solo Jesús cautiva a María y le impide hacer lo que debe. Marta le achaca a Jesús de sus responsabilidades: «¿no te preocupa eso? ». No habla a su hermana.

Allí donde la lectura tradicional de ante todo los celos, me ha impresionado la ausencia de relación y de diálogo e incapacidad de Marta en conceder a María el statu de cara a cara y a preguntarle algo.

La relación directa entre hermanas, sin mediación, es también un camino que tiene su dificultad. En un mundo en el que la mujer es cantidad despreciable, en rivalidad frente a los hombres para encontrar un esposo (recuérdese a Raquel y Lea), para que le dé hijos, ¿dónde encintrarían las claves para desarrollar su relación? ¿Cómo podrían ser ellas interlocutoras?

Y sin embargo, al ser hermanas, todo el mundo cree que su relación sea fácil y su proximidad natural. Por eso el evangelista Juan en el capítulo 11 pone las mismas palabras en su boca después de la muerte de su hermano.

Sin embargo, cada uno ve normal la rivalidad que las opone; cada uno espera que una lo haga mejor que la otra. Nuestra mirada también compara y toma partido. Además, Jesús parece que nos da la razón.

Stop ! No tan rápido! Jesús se dirige a Marta solamente. « Marta, Marta», repetición afectuosa destinada a hacerse entender. « Te preocupas de muchas cosas y estás agitada. » Esta frase revela de nuevo su complicidad. Jesús tiene en cuenta que Marta se inquieta por él y su futuro.

Y al mismo tiempo, le entrega toda su confianza. La cree capaz de comprender lo que está en juego. La cree capaz de dejar momentáneamente de hacer lo que toda mujer responsable haría, a saber, ocuparse de su nidada, lo suyo, sentarse y poner su energía en una escucha activa de la Palabra. La cree capaz de abandonar todas las convenciones y todas

las represiones interiores para unirse a su hermana y encontrarla alrededor de la Palabra. Llama a toda su inteligencia y la sabe capaz de movilizar una visión diferente de su mundo, de su cotidiano. Sabe que hace lo que hay que hacer cada día y sabe que ella sabe plantearse las prioridades de otro modo.

Pone también el acento en su angustia. En toda amistad, le sugiere que encuentre confianza, que no se deje desbordar por las preocupaciones y unirse a él en todo momento de pausa. Se trata pues de eso. No se trata de Marta se transforme en María, no se trata de que deje de hacer lo que tiene que hacer aquí y ahora en este camino de subida, de saber pararse para reponer fuerzas, en una proximidad única y un posible compartir a pesar de las diferencias. Se trata de que pueda encontrar en su hermana una adulta diferente, que hace y asume sus elecciones.

¿Un texto de rivalidad entre hermanas? ¿Un conflicto en el que tendríamos que tomar postura? Jesús subraya a la vez la diferencia de las dos hermanas pero también la proximidad de su búsqueda.

La continuación del camino es difícil. Las hermanas de sangre son hermana de corazón

Marta y María 3. ¿Conflicto de mujeres o división de funciones en la Iglesia?

Archivado en Iglesia Instituciones, Jesús, mujer, Nuevo Testamento, Espiritualidad

Llevo dos días hablando del texto de Marta y María. He ofrecido una visión general y después he comentado la primera parte del texto (Jesús viene a una aldea y es recibida por Marta en su casa), destacando las consecuencias eclesiales y ministeriales del tema, desde la perspectiva actual. Pero el texto sigue y nos centra ahora en la trama o conflicto de las dos mujeres, unidas y separadas por el mismo Jesús. La forma de presentar y resolver ese conflicto nos sitúa en el centro de un rico paradigma eclesial. En el fondo de ese conflicto de mujeres aparece una división de funciones eclesiales. Lc 10, e8-42 dice más cosas que muchas

eclesiologías eruditas de la actualidad
Tenía ésta una hermana, llamada María (Lc 10, 39a)
Significativamente, el texto no ha precisado más la función de Marta. De ella sólo se ha dicho que "recibe" a Jesús, como lo hace Zaqueo en 19, 6. ((La palabra recibió. Hipedexato, sólo aparece en el Nuevo Testamento en nuestro texto y en el paralelo de Lc 19:6 donde se dice que Zaqueo, bajando presuroso del árbol recibió a Jesús con alegría. Ambos son sin duda textos eclesiales)). Pero, en contra de lo que sucede con Zaqueo, ella no dialoga directamente con Jesús sobre problemas de organización o riqueza, sino que lo hace a través (a causa) de su hermana, María, a quien ahora vemos escuchando a Jesús.
Así aparecen enfrentadas dos hermanas, por razón de un mismo hombre, en paradigma que encontramos con cierta frecuencia en la literatura (y en la misma historia humana). Son infinitos los relatos de dos hombres que se enfrentan por razón de una mujer... También son

abundantes los relatos de mujeres (y hermanas) que se enfrentan por un hombre... o por el hijo que ese hombre les puede conceder (Dentro de la literatura española de los últimos decenios podemos recordar el conflicto (y acuerdo) entre las hermanas en La tía Tula, de M. de Unamuno. El conflicto de hermanos por una mujer aparece, por ejemplo, en el fondo de la película de M. Armendáriz, Secretos de corazón, 1996).

Este modelo de amigas-hermanas rivales ha recibido especial atención en la Biblia Hebrea, donde normalmente la causa del conflicto no es la lucha por el amor del hombre (al que puedan compartir, en matrimonio polígamo), sino por el hijo heredero, pues sólo el heredero ofrece a la madre el estatuto de señora (gebira), como indica bien la historia hebrea ((He definido el sentido de la gebira o señora-madre, desde el contexto hebreo, en El Señor de los Ejércitos, PPC, Madrid 1997, cap. 2º.

Es significativo y a mi juicio normal que, al llegar aquí, Lucas utilice este paradigma (de disputa entre mujeres)

para ilustrar las tensiones interiores de la comunidad, que pudieran parecen más propias de varones, como puede verse en la disputa sobre los primeros puestos (cf. Lc 10, 46-48) o en la discusión sobre "ministerios" (cf. texto paralelo de Hech 6). El recuerdo de tensiones entre hermanas y/o amigas enfrentadas le ofrece ahora a Lc un fuerte paradigma de conflicto eclesial. Ejemplos de mujeres enfrentadas por un hombre:

* Sara y Agar. No son parientes, sino una mujer libre (Sara) y su esclava (Agar), vinculadas al mismo marido (Abrahán) cuyo favor quieren conseguir, por medio del hijo que aparece como expresión de dignidad y de poder, tanto para una como para la otra. La tensión se resuelve cuando la mujer libre logra expulsar del hogar a la esclava con su hijo, quedando ella como única agraciado. Esta historia ha sido "espiritualizada" por la tradición judía y cristiana, que ha visto simbolizadas en la libre y esclava dos momentos o formas acción de Dios (cf. Gal 4, 21-5,1).

* Lía y Raquel. El mismo tema de las dos mujeres que litigar por un mismo varón reaparece en la historia de Jacob, con la particularidad de que aquí las dos son libres y hermanas (como Marta y María). Además, lo que está en discusión no es sólo el tema de los hijos sino también el amor del mismo varón. La historia no puede resolverse con la expulsión, sino sólo con la muerte de una de las dos hermanas (de Raquel, la favorita).
* Penina y Ana. Son dos mujeres libres, pero no hermanas. Ambas son esposas de un mismo varón, Elkana (Sam 1-2). Una es fecunda, otra estéril. Una posee la autoridad que le dan los hijos, con el trabajo que ello implica; la otra no tiene trabajos que realizar y sólo cuenta con el amor del marido que la quiere de un modo especial.
* Isabel y María aparecen también vinculadas, pero en forma positiva y sin conflicto en Lc 1. Ellas no son hermanas, sino primas. No buscan el favor de un solo hombre, pues cada una tiene su marido (o desposado). No

son madres rivales sino aliadas, en un camino donde los dos hijos (profeta y mesías) podrán completarse. Ellas expresan de alguna forma expresan según Lc la culminación femenina del Antiguo Testamento.
Dejemos a un lado esta última historia (de Isabel y María,la madre de Jesús). Leamos el texto de Marta y María desde el Antiguo Testamento, como está indicando el mismo Lucas. Tan pronto como como el texto dice que Marta tiene una hermana podemos esperar y esperamos entre ellas un conflicto. Es normal que las dos mujeres vengan a situarse en perspectivas distintas, como signo de posible tensión eclesial.
Cómo son hermanas Marta y María
Es evidente que el verso anterior (10, 38) ha presentado a Marta como figura positiva, en oposición a los samaritanos que no reciben a Jesús. También parece claro que ella es un signo de la "totalidad acogedora" de la iglesia. Pero a partir de ella, el texto desarrolla la figura de su hermana María. Pues bien, a la luz de todo lo anterior, el

término hermana (adelphê) puede interpretarse de dos formas:
* María puede ser hermana de Marta en el sentido familiar, de sangre (conforme a la interpretación usual, recogida por Jn 11, donde ellas tienen un tercer hermano llamado Lázaro). Si entendemos el texto así podemos suponer que María es más joven: no aparece como "dueña" de la casa (no ha recibido a Jesús), aunque puede realizar y realiza una función importante. Parece subordinada (es menor), pero da la impresión de que puede ocupar el lugar más importante en la vida (y corazón) del único varón de la escena. Podemos suponer que las dos se disputan la atención y/o cuidado de Jesús, cada una con lo que sabe hacer (una con el trabajo, otra con la atención personal)... El conflicto triangular parece inevitable.
* María puede ser hermana en sentido eclesial. Esta es la visión que resulta más coherente con nuestra lectura anterior del pasaje (recibir a Jesús, fraternidad eclesial). Ciertamente, la palabra hermano puede recibir su

sentido literal en Lc-Hech (cf. Lc 14, 26; 20, 28-29; Hech 12, 2; 23, 16), pero también posee un sentido más extenso: son hermanos los miembros del pueblo judío (cf. Hech 7, 2. 26; cf. 9, 17) y de un modo especial los cristianos (cf. 1, 15; 11, 29; 15, 3; 16, 2.40; 21, 7). Todo nos permite suponer que Marta y María son hermanas en ese último sentido: son creyentes que comparten una responsabilidad especial en la comunidad, como veremos al comparar el texto con Hech 6, 1-6, donde precisamente se llama hermanos a los miembros de la iglesia (Hech 6, 6).

Desde esta perspectiva más extensa de la fraternidad (sororidad) de Marta y María pueden entenderse mejor las funciones que realizan. Es normal que en el fondo siga influyendo el símbolo de las hermanas carnales enfrentadas por un hombre (varón, amigo, esposo). Pero el mismo texto nos ayuda a superar ese nivel, como indican las funciones de cada una de las dos "hermanas eclesiales".

La iglesia, que Ef 5 presenta como

esposa de Jesús (de una forma que parece pasiva: el varón es cabeza, la mujer cuerpo), queda simbolizada por dos mujeres que realizan el conjunto de funciones de la comunidad, dos mujeres que son muy activas. Estre esas actividades está la de María.

María, la discípula

Ella aparece sentada a los pies del Señor o Kyrios (10, 39), escuchando directamente su palabra (no a través de su marido, como debería suponerse a partir de textos como 1 Cor 14, 34-35; 1 Tim 2, 11-12). El mismo título que recibe (Kyrios) nos muestra que Jesús nos es ya el simple hombre histórico individual, amigo o marido discutido, sino el Señor pascual, presente por un lado en la iglesia misionera y por otro en la iglesia que le recibe. Este Jesús enseña directamente a la mujer, que será Maestra y Doctora, predicadora y terapeuta dentro de la Iglesia (como la otra María, madre de Jesús, que acoge en su corazón y medita las palabras del misterio, en Lc 2, 19 y 51).

En el fondo de la escena aparece el

paradigma judío de los discípulos sentados en torno a un maestro para escuchar y aprender juntos la Ley. Pero aquí, en lugar de un grupo, de varones se sienta solo ella, como signo del conjunto de la nueva comunidad de acogida mesiánica y de escucha de la palabra que es la iglesia. El tema resulta claro (como muestra el libro de I. Fornari Fornari, La escucha del huésped (Lc 10, 38-42), EVD, Estella 1995) y no necesita más discusión ni prueba. Pero nuestro texto ofrece dos novedades significativas:

* Palabra del Kyrios, no Ley de Israel. María recibe y hace suya la Palabra del resucitado, que es el mismo Jesús que subió a Jerusalén para morir. Ella no estudia la Ley de Israel, como los aspirantes al rabinato judío, no cursa unos estudios de tipo académico en torno a un libro canónico, sino que sienta al lado de un hombre, en actitud de de diálogo personal. El mismo Jesús resucitado, presente en la comunidad, es fuente y sentido de toda "palabra", es la verdad de Dios hecha persona. Él mismo es quien instruye a la

comunidad, representada por esta mujer, "sentada a sus pies", es decir, en cercanía acogedora, no de perdón agradecido, como la otra mujer de los pies (Lc 7, 36-50), sino de acogida comunicativa.

* Una mujer. La que escucha la Palabra del resucitado, acogiéndole en su vida entera y no sólo en la casa como Marta, es una mujer, en signo que rompe el modelo usual judío e incluso cristiano de la vida. Dentro del judaísmo es raro encontrar a la mujer como "discípula": la función de la acogida y estudio de la Ley tiende a considerarse cuestión exclusiva de varones. También en la iglesia primitiva ha existido la tendencia a un monopolio de la Palabra de parte de los hombres, como pudiera indicar el hecho de que los ministros de la palabra sean los Doce (varones) y como testifican, sobre todo, los textos arriba citados sobre el silencio de la mujer en la iglesia (cf. 1 Cor 14, 34-35; 1 Tim 2, 11-12).

Partiendo de esos últimos pasajes, en una interpretación muy sugerente,

pero quizá sesgada, del pasaje, E. Schüssler F. (Schüssler F., E., La práctica de la interpretación, en Id., Pero ella dijo, Trotta, Madrid 1996, 78-106) supone que María es la mujer que escucha callada: recibe la palabra pero no la puede proclamar. Ella sería la mujer oyente, la receptividad femenina: escucha para dejar que la semilla de la palabra le alumbre por dentro, quedando así callada... En esta misma perspectiva habría interpretado Lc la figura de María, la madre de Jesús, que "escucha" y medita en su corazón los misterios mesiánicos (cf. Lc 2, 19.51).

Precisaremos todavía esta interpretación, pero ya desde ahora queremos decir que nos parece inaceptable: nuestra escena no divide a la mujer en las dos tareas opuestas y complementarias, de actividad sin palabra (Marta) y de palabra pasivamente escuchada, sin posible actividad ministerial (María). Pero a fin de precisarlo debemos pasar ya a la función y protesta de Marta.

La diaconía o servicio de Marta (10,

40a).
Marta ha recibido a Jesús (en su aldea y/o casa), pero luego descubrimos que es María, su "hermana", quien le atiende, haciéndole compañía, escuchando su palabra. Así se distinguen dramáticamente las dos funciones. Empezamos por la de Marta, mirada desde la perspectiva del narrador y desde ella misma.
* Perspectiva del narrador (10, 40a). Hasta ahora ha sido el propio narrador quien ha contado la historia y así la sigue contando todavía al decirnos que Marta estaba afanada (distraída) con mucho servicio. Frente a la concentración de María se opone así la dispersión de Marta. Frente a la palabra de Jesús se pone el mucho servicio (diaconía). Precisaremos después el sentido de esa palabra. Por ahora nos basta con resaltar el tono negativo de la expresión: todo nos permite supone que hay un servicio que resulta excesivo, un tipo de ocupación que distrae.
* Visión de Marta (10, 40b). El narrador deja la palabra a María, de

manera que ella misma es quien se queja del trabajo ante el Kyrios, acusando de algún modo a su hermana, porque le ha dejado sola! Ella eleva su voz ante Jesús, a quien toma como árbitro o juez entre las dos hermanas. Es Jesús la causa del conflicto; ante él se dividen las dos hermanas, queriendo ambas servirle, de maneras diferentes. Evidentemente, en un sentido Marta tiene razón: el trabajo se podría y debería haber repartido entre las dos hermanas... Si ella está dividida y distraída es por culpa de María, que le ha dejado sola. Prestemos atención a este abandono de Marta, que se siente fatigada porque debe realizar todo el trabajo... Podemos suponer que Marta no habla por sí misma. Ella eleva su voz en contra de todas las situaciones de injusticia de la tierra, fundadas en el hecho de que algunos "dejen de lado sus obligaciones", haciendo así que otros deban cargar en sus espaldas todo el peso de los trabajos y servicios de la comunidad.

Las funciones de Marta y María

Marta protesta en nombre de todos los dicen esforzarse trabajando por el bien de los demás. Es evidente que a un nivel ella tiene razón: su voz sigue siendo la voz de la justicia de este mundo. Por eso quiero situarme en su punto de vista, tomando como propia la voz de tantas mujeres (y varones) que se sienten discriminadas y humilladas con el trato que después recibe Marta, en la contestación de Jesús.

* María ha abandonado un tipo de trabajo o servicio comunitaria (quizá de la casa), para sentarse a los pies de Jesús y escucharle, sin hacer otra cosa. Sin duda alguna, ella puede llamarse "desertora". En sentido general, su actitud puede resultar positiva: es una mujer liberada que tiene el privilegio de dedicarse al cultivo de la Palabra, escuchando a Jesús. Pero en concreto ella resulta negativa, pues toda la carga de funciones y servicios (sociales, familiares) caen ahora sobre las espaldas de la otra hermana. María sólo puede estar ociosa (ser contemplativa) a costa de su hermana:

su "lujo" de mujer centrada en la palabra se vuelve fuente de esclavitud (de mayor servicio) para Marta.
* Marta no está "distraída" porque quiere, sino porque le han dejado sola... Ella necesita que su hermana le ayude porque así lo requiere el ritmo de servicios de la comunidad. La acogida de Jesús se ha convertido para ella en fuente y principio de mayor trabajo. No está "distraída" por su capricho, o por el deseo de ganar dinero o de obtener ventajas, sino por la misma acogida de Jesús. Es como si el mismo evangelio se convirtiera para ella en principio de un servicio que distrae y dispersa y enfrenta a los hermanos. El mesianismo (la venida de Jesús) se ha vuelto para ella fuente de trabajo y de disputa con su hermana. El problema de fondo es el sentido y urgencia de la mucha diaconía que Marta debe realizar a solas, porque se hermano no le ayuda. El texto dice que Marta ha recibido a Jesús (es la o su casa), preocupándose de atenderle. Normalmente solemos interpretar esa atención en línea de asistencia

doméstica: limpiar la habitación del huésped, preparar la comida, servir la mesa... Eso significaría que ella actúa simplemente a modo de criada doméstica.

Marta, una mujer rica e independiente

Pero si miramos el texto con más detención es muy improbable este sentido de criada: una simple criada doméstica no recibe en casa al Señor (quien le recibe es la señora); además, el sentido principal de servir (diakonein, diakonía) en el Nuevo Testamento y sobre todo en Lucas (Lc-Hech) no es atender a la mesa a modo de simple criado/a, sino realizar una tarea ministerial en nombre de y/o por encargo de la comunidad o de sus autoridades (cf. R. J. Karris, apoyando su argumento en J. N. Collins, Diakonia: Re-interpreting the Ancient Sources, Oxford UP, New York 1990))El diakonos o servidor es ante todo un representante o mensajero, alguien que realiza unas tareas oficiales, para bien de los demás.

Así lo supone el texto clave de Lc 8, 1-3 donde se afirma que a Jesús le

acompañaban los Doce y algunas mujeres que le (les) servían con todo lo suyo. Esas mujeres no son simples criadas de los Doce sino representantes de Jesús, personas que realizan su servicio de reino, como ministros de su obra. El texto supone además que los Doce y las Mujeres se sitúan al mismo nivel, formando parte de la comunidad itinerante de Jesús, lo mismo que se supone en Hech 1, 13-14 (en referencia a la comunidad primera de Jerusalén).

Una vez que llegamos aquí pueden hacerse algunas diferencias. De los Doce sólo se dicen que van (o están) con Jesús. De las mujeres, en cambio, se añade que han sido curadas por Jesús, lo cual puede aludir al hecho de que antes se hallaban enfermas-impuras o necesitadas; pero alude todavía a un rasgo mucho más profundo: ellas se encuentran ya curadas y pueden realizar la tarea de Jesús. Así lo hace, pues el texto continúa diciendo que le/les sirven con sus bienes o posesiones.

Ellas sirven con lo suyo (con sus

bienes) Pero ¿a quién? El pasaje puede entenderse de dos formas, conforme a los diversos manuscritos. 1. , A, L, X etc.), es decir, al evangelio Sirven a Jesús (autô/: GNS con el entendido como mensaje de salvación o a la comunidad eclesial; esto significaría que las mujeres que acompañan a Jesús realizan una función ministerial. 2. Sirven a los discípulos (autois: GNT con B, D, K, W etc.), a quienes podemos entender en forma particular, como varones (tendríamos el esquema de un grupo de mujeres sirviendo a los miembros masculinos de la comunidad) o en forma general, como la comunidd entera, (las mujeres sirven a la comunidad en cuanto tal). ((Siguiendo a Carter, W., Getting Martha out of the Kitchen: Luke 10, 38-42 again: CBQ 58 (1996) 264-280 y especialmente a R. J. Karris y J. N. Collins, entendemos el servicio de las mujeres en el primer sentido, aún sabiendo que las dos interpretaciones concuerdan en el fondo (pues Jesús está presente en los discípulos)).

Se supone, por tanto, que son mujeres

de cierta fortuna e independencia económica al menos relativa y que ponen lo que tienen al servicio del evangelio. Jesús no les pide que vendan lo que tienen y lo den a los pobres (como en el caso del rico principal de 18, 18-23) para seguirle, sino que ellas sirven a Jesús y/o a su comunidad, sosteniéndola con sus bienes. Estamos probablemente ante un modelo relativamente usual de mujer piadosa y rica (independiente), que se convierte a una nueva comunidad (sea al judaísmo, sea al evangelio de Jesús) y que pone sus bienes al servicio de esa nueva comunidad religiosa.

En ese mismo trasfondo de mujeres ricas se entiende también la acogida de Marta. Ella aparece como una mujer que puede acoger a Jesús y que le sirve con sus bienes. Evidentemente no es una "criada" o sirviente, sino la dueña de la casa (o la representante de la comunidad). Su diaconía o servicio ha de entenderse en plano de ayuda económica y acción social.

Pero vengamos a la diaconía en cuanto

tal. Dentro de la iglesia, esa palabra (diakonia) tiene un sentido extenso y se aplica a todos los servicios comunitarios en favor de los demás, incluyendo el ministerio de los apóstoles (cf. Hech 1, 17.25). Así se habla de un ministerio o diaconía eclesial a lo largo de todo el libro de los Hechos (cf. 11, 3; 20, 24; 21, 19). Más aún, el mismo texto central de Hech 6, 1-15, que puede tomarse como paralelo al nuestro, indica con toda claridad que la palabra diaconía se aplica a todas las funciones de la iglesia, tanto a las que están relacionadas con el servicio de las mesas y viudas (plano social: 6, 1-2) como a las vinculadas al servicio de la palabra (plano apostólico: 6, 4). Desde ese fondo debe entenderse nuestro texto: la mucha diaconía que distrae a Marta puede hallase vinculada no sólo a los trabajos de la organización doméstica (comida, limpieza), sino también a los de la organización y misión eclesial (predicación, administración de la comunidad).

Diaconía de Marta. Reflexión teórica
Detengamos un momento la escena. Antes de escuchar la respuesta de Jesús, que resuelve la cuestión defendiendo a María, podemos y debemos evocar las diversas formas de división social que se han dado en los grupos humanos. Partiendo de ellas podremos entender mejor el problema suscitado entre Marta y María.
Empecemos por la división más usual, que ha venido haciéndose en la iglesia católica en estos últimos siglos. Según ella, el texto se aludiría sólo a las mujeres, presentando a Marta y María como dos formas de vida femenina. Los hombres quedarían fuera, representados en el fondo por Jesús-Varón, esposo de ellas (como parecía suponer Ef 5). Desde esta perspectiva pueden distinguirse dos tipos de mujeres:
* La mujer trabajadora, al servicio de las cosas de los hombres (especialmente de los varones). En sentido estricto, ella sería la "criada" de la casa: sirve para mantener el orden, para cuidar del hogar y de la

vida, mientras los hombres (como Jesús) van y vienen. Ciertamente, es una mujer dividida, que se cansa y protesta en contra de su suerte, acusando a su "hermana" ociosa.
* La mujer contemplativa, al servicio de las cosas de Dios. El evangelio aparece para ella como liberación: le ofrecen una palabra interior que acoge y cultiva. De esa forma se libera del trabajo, pero no para ser dueña de sí misma en libertad creadora, organizando el mundo, sino para hacerse contemplativa, siguiendo un camino místico entendido como liberación para el Señor.
Así ha leído este pasaje una larga tradición eclesial, dividiendo a las mujeres en trabajadoras (para servicio de la comunidad y, sobre todo, de los hombres) y en contemplativas-monjas (para servicio de Dios). Esta división puede emplearse en un nivel, pero estrictamente hablando ella resulta insuficiente, tanto por lo que dice sino por lo que omite.
División de funciones en la comunidad
Conforme a Lc 10, 38-42, ni Marta es

criada de los hombres, ni María contemplativa. Ellas representan, de manera tipológica (alguien diría en syncrisis) dos rasgos importantes no de las mujeres en sí, sino de las mujeres en cuanto signo de todos los miembros de la iglesia. Marta y María son espejo del conjunto de la comunidad. Desde ese fondo, teniendo en cuenta la unidad y división de funciones eclesiales, podremos avanzar en el estudio del pasaje. La división anterior deja sin resolver algunas de las cuestiones más importantes de la vida humana, como son la la administración de la comunidad y la vocación/función materna de las mujeres. Así podemos preguntar.

1. ¿Quién lleva la administración de la comunidad? El texto no ha resuelto (ni planteado) el tema de los ministerios, tal como lo hará cierta iglesia posterior, que ha fijado a las mujeres en las tareas del trabajo (Marta) y de la contemplación (María), dejando en manos de varones la administración y dirección, tanto de las martas como de las marías. A mi juicio, esta lectura va

en contra del texto.
2. ¿En qué categoría se introduce el tema de los hijos? Normalmente la iglesia católica ha puesto sobre Marta (mujer sin palabra) el cuidado de los hijos: ella es madre en cuanto servidora del marido y/o de la comunidad. A María (mujer de la escucha) se ha entendido como contemplativa célibe: dedicarse a las cosas de Dios significa renunciar a una familia en este mundo. A mi juicio, esta lectura va también en contra de la dinámica más honda del evangelio. Para ello queremos situarlo en el trasfondo de la división tripartita de las funciones sociales que han puesto de relieve los estudiosos de la cultura indoeuropea. Tanto Roma como Grecia, la India de las castas como la Europa medieval cristiana han puesto de relieve tres funciones sagradas, vinculadas con tres dioses o principios religiosos:
* Los sacerdotes y/o sabios mantienen el orden sacral (Brahmanes). Ellos forman la casta primera, que Platón ha vinculado con la sabiduría, es decir,

con la contemplación del misterio. En un momento determinado ellos, los clérigos o letrados, expertos en divinidad o magia aparecen como dirigentes del orden social. En esta línea, siguiendo el esquema de Platón, se podría decir que María, la contemplativa, conocedora de la Palabra del Señor, debería haberse convertido en dirigente oficial de la comunidad de Jesús.

* Los guerreros y/o nobles (los ksatriyas de la India) mantienen el orden social. Ellos forman la casta que Platón ha vinculado con el valor, es decir, con la entrega de la vida al servicio de la estabilidad social. Es normal que en un momento determinado, que Roma vincula con el surgimiento del imperio, ellos aparezcan como dirigentes de la sociedad. Significativamente, este tipo de personas faltan en el esquema de Lc 10, 38-42, que parece haber simbolizado el conjunto social en dos mujeres (acción y contemplación).

* Los trabajadores, que producen bienes de consumo, están vinculados

en general a los labradores y comerciantes. El algunas sociedades antiguas (como en Israel) ellos pueden aparecer como libres, ejerciendo, al mismo tiempo, función como soldados... Pero en otras más estamentales ellos se vuelven "siervos" en el sentido radical de la palabra: quedan sometidos a los otros dos estamentos, trabajan para ellos. Las revoluciones modernas (francesa, soviética) han querido hacerles los gestores de la sociedad. Entre ellos se podría situar en nuestro texto Marta. Así volvemos a nuestro pasaje y observamos algunas diferencias muy significativas. La primera es que Lc 10, 38-42 ha simbolizado toda la vida social en dos mujeres (dos hermanas), distinguiendo a partir de Jesús sus funciones. El mismo Jesús que sube hacia Jerusalén para entregar su vida, culminando su función, ofrece un lugar de plenitud y conflicto a estas mujeres. Lógicamente, este conflicto nos sitúa cerca de la distinción paulina (cristiana) entre obras de la ley y gracia salvadora.

Las funciones anteriores (sacerdotes, soldados, trabajadores) quedan en un segundo plano, de manera que no puede tomarse a María como sacerdote-sabio, ni a Marta como pura trabajadora. Jesús no quiere construir un nuevo orden social, ni sacralizar un nuevo tipo de institución: no necesita sacerdote ni sabios (en la línea de la primera clase antes citada), ni soldados o nobles (en la línea de la segunda clase), ni trabajadores esclavos de los otros.

Quizá pudiéramos decir que, partiendo de su movimiento de reino, todos los humanos aparecen vinculados en un mismo gesto de acogida, que está simbolizado por estas dos mujeres. Ellas condensan y expresan el sentido de conjunto de la comunidad. Por eso pueden convertirse en signo de totalidad y fuente de conflicto.

Conflicto en la iglesia. Acusación de Marta (10, 40b). Lc 10 y Hech 6

La acusación de Marta, diciendo que María la abandona en el trabajo y pidiendo a Jesús que le reprenda, nos sitúa en el centro de un conflicto

eclesial en torno a poderes y servicios. Ciertamente, Lucas sabe que existe una causa de conflicto intra-eclesial: la búsqueda de poder: ¿quién es el más grande? Significativamente (defendiendo la memoria de los apóstoles), él ha omitido la tradición donde se hablaba del deseo de poder de los zebedeos (Mc 10, 35-40; Mt 20, 20-23), pero el tema de fondo sigue siendo el mismo: es un tema de poder. Lucas sabe que los discípulos han buscado los primeros puestos, queriendo establecer una sociedad jerárquica donde ellos mismos sean los privilegiados; y sabe que Jesús ha respondido, diciendo que es preciso hacerse niños (pequeños) para así volverse grandes. (Lc 9, 46-48). En ese fondo se sitúa nuestro texto. Por eso lo citamos en tercer lugar, después de haber presentado otros dos pasajes donde Lucas alude a las disputas eclesiales por causas del "servicio":

* Lc 24, 24-30. Disputa sobre la grandeza. En el contexto más solemne de la vida de Jesús, el día de la ultima cena, ha situado Lucas la discusión de

los discípulos de Jesús sobre quien de ellos parece ser más grande (22, 24). Ha culminado el camino del mensaje, están en Jerusalén, y cuando resulta que debían haber resuelto todos los problemas de este tipo, ellos disputan buscando grandezas y poderes.
Jesús les responde acudiendo a la comparación del servicio en la mesa y pidiendo a los discípulos que se vuelvan servidores o diakonos de los demás, pues él mismo ha querido comportarse en medio de ellos como el servidor (cf. Lc 22, 27). Así ha venido a comportarse dentro de la iglesia como auténtica Marta (si este nombre vale). Por eso, lo que Marta realiza en 10, 38-42 al servicio de la comunidad pertenece al misterio de Jesús. El problema no estará por tanto en servir, sino en la forma de hacerlo.
Una vez y para todas, Jesús ha elevado en la iglesia, en el momento más solemne de su cena de despedida, el ideal y ejercicio del servicio, convirtiéndolo en clave de su vida. Por tanto, toda división parcial entre mujeres servidoras y hombres jerarcas,

entre martas trabajadoras y marías contemplativas resulta contraria al evangelio.
* Hech 6, 1-7. Disputa en torno al servicio: mesas y palabra . El problema de la iglesia no es el servicio, sino el no servicio, o la manera partidista de realizarlo. Así lo muestra este pasaje que recrea, dentro de la obra general de Lucas y en ámbito de iglesia, los motivos que hemos descubierto en el nuestro (en Lc 10, 38-42).
Los "helenistas" (judíos de lengua y cultura más griega) murmuran contra los "hebreos" (comunidad oficial de Jerusalén, de lengua aramea, centrada en los Doce) porque sus "viudas" quedan relegadas en el servicio diario, es decir, en la asistencia personal (Hech 1) La disputa la resuelven los Doce, afirmando que ellos deben mantenerse fieles a la oración y al servicio de la palabra (en una línea que parece propia María) y pidiendo que la comunidad reunida elija a Siete personas responsables del servicio de las viudas y las mesas (es decir, en una obra que parece más cercana a la

de Marta).
Como vemos, el problema de Hech 6 sigue siendo el de Lc 1o, 38-42, pero de algún modo se ha invertido: los helenistas no protestan porque tienen mucha diaconía (como Marta), sino porque ella no está bien realizada, porque las viudas (servicio personal) y las mesas (servicio alimenticio) no están bien atendidas.
En contra de lo que sucede en Lc 10, 38-42, el libro de los Hechos resuelve el problema dividiendo las funciones (los Doce se siguen encargando del servicio de la palabra y los Siete de las mesas) de una manera que acaba resultando irónica o, quizá mejor, paradójica. Lucas sabe, por un lado, que el servicio de mesas y palabra resulta inseparable, pues los Siete de las mesas, a quienes ordinariamente se llama los diakonos (olvidando que la diaconía pertenece también el servicio de la palabra: cf. Hech 6, 4), realizan inmediatamente un ministerio en línea de palabra.
Por otro lado, los pioneros de la apertura universal de la iglesia no han

sido los Doce (encargados "oficialmente" de la Palabra), sino los Siete: la Palabra del evangelio sólo ha podido extenderse allí donde se realiza el servicio de las viudas y las mesas: la misión cristiana se ha extendido y realizado precisamente a través de los helenistas, es decir, de los servidores, como sabe el resto de Hechos. Han sido ellos, los representados por la Marta de 10, 38-42, los que han extendido de verdad la iglesia.
Eso significa que la disputa en torno a palabra y servicio resulta por un lado normal y por otro ella no puede conducirnos a una división nítida de funciones (por un lado ministerios sociales, por otro contemplativos o de la palabra), pues no existe en verdad tal ruptura. Significativamente, en este pasaje, tanto los Doce (palabra) como los Siete (mesas) aparecen personificados en varones. En el fondo, el poder eclesial está vinculado al servicio y palabra.
((En un primer nivel, Hech 6 ha destacado la importancia de los doce (que no pueden abandonar la palabra

por las mesas); pero en otro nivel ha puesto de relieve la importancia de los siete, mostrando no sólo que sus ministerios son inseparables (los siete son también predicadores), sino que Esta no es una disputa para separar sino para vincular los rasgos y tareas de las dos hermanas. Pero Lc 10, 38-42 invierte de algún modo la visión de Hech 6, donde son los pobres los que protestan y el tema lo resuelven los mismos servidores de la palabra (los Doce), que aparecen como dirigentes principales de la iglesia. Aquí (en Lc 10) son los servidores de las mesas los que se quejan ante Jesús, siendo él quien resuelve la disputa, otorgando la primacía a la hermana que "escucha la palabra")).

* Lc 10, 38-42. Marta y María, servicio y palabra. Nuestro texto reasume el esquema de Hech 6, volviendo a contar de algún modo la misma historia de conflictos eclesiales, pero lo hace con algunas diferencias fundamentales que debemos resaltar: una referida al sexo, otra al estilo narrativo.

Hay una diferencia de sexo. Los

representantes de la iglesia son dos mujeres: ellas ocupan el lugar estructural de los Siete (Marta) y de los Doce (María), aunque sus funciones no se identifiquen sin más con las de ellos. Sólo de esta forma, a modo de parábola, superando un esquema historicista (definido en Hechos de forma masculina), dentro del evangelio, Lucas ha podido evocar el tema de los servicios eclesiales (simbolizados en otro contexto por los Doce y los Siete) desde la perspectiva de dos mujeres. Ellas representan al conjunto de la iglesia (igual que los Doce y Siete de Hech 6), apareciendo así como espejo de la comunidad cristiana.

Hay también una fuerte diferencia narrativa. Hech 6, 1-7 parece una etiología histórica que, asumiendo algunos datos realmente sucedidos, reinterpreta la historia cristiana y presenta la primera división de funciones dentro de la iglesia primitiva. Por el contrario, Lc 10, 38-42 es una historia parabólica fundante; los posibles datos reales de fondo son aquí

muy secundario. La realidad e importancia del texto viene dada por la forma en que Jesús interpreta los servicios a partir de estas dos mujeres. Como hemos dicho ya al comienzo de este trabajo, no tenemos que partir de Lc para entender desde ese fondo el texto de Hech, sino casi lo contrario. El problema de fondo de nuestro pasaje viene dado por Hech 6, con su visión de la historia y vida de la iglesia (definida básicamente por el ministerio de los varones). Pues bien, desde ese fondo tenemos que volver a Lc 10, 38-42, descubriendo cómo se recrean los aspectos principales del mensaje de Jesús.

Lo que Hech 6 narraba en forma masculina (Doce varones hebreos y Siete helenistas), ha querido reinterpretarlo Lc 10, 38-42 desde el simbolismo de las dos mujeres. Lo que antes no podía decir lo dice ahora, presentándolas a ellas (dos mujeres) como signo de las tareas eclesiales, realizadoras de los dos "ministerios" básicos de la comunidad cristiana.

(El texto utilizado está tomado

básicamente de una colaboración que escribí para Isabel Gómez Acebo, Relectura de Lucas, , Desclée de Brouwer, Bilbao 1998)

Las mujeres en la Biblia
Profesor Michael F. Hull, Nueva York

NUEVA YORK, 23 de noviembre de 2002 www.ZENIT.org.
- Padre Michael Hull, profesor de Sagrada Escritura en el seminario St Joseph de Yonkers de Nueva York, pronunciada durante la videoconferencia patrocinada por la Congregación vaticana para el Clero el 29 de octubre sobre el tema «Las Mujeres en la Sagrada Escritura».

«Al principio... Dios creó a Adán, le hizo a imagen de Dios. Los creó varón y mujer» (Génesis 1, 1, 27; 5, 1-2). Y desde el principio (de la Biblia) sirven como personajes en la épica revelada por Dios sobre la elección y la redención que se inaugura con la misteriosa mezcla del infinito amor de Dios y de la «felix culpa»

de la humanidad.

Desde el principio de la creación se refleja al Creador en unidad. ¿Cómo es posible hablar entonces de «mujeres en la Sagrada Escritura» o de «hombres en la Sagrada Escritura», si Génesis 1-3, por ejemplo, apenas podría admitir tal extrapolación?

Por un lado, parecería que hablar de «mujeres en la Sagrada Escritura» resulta una abstracción demasiado arbitraria de la representación bíblica de las personas humanas. Por otro lado, tal abstracción podría ayudarnos a discernir más claramente la voluntad de Dios al centrarnos en ciertos momentos de su gracia de los que son testigos mujeres particulares en la Biblia.

Llegados a este punto, debemos ser prudentes. Un examen de todas las mujeres de la Biblia, al igual que un examen de todos los hombres de la Biblia, se presentaría amorfo y desarticulado. Pero un examen de una pocas mujeres clave, con papeles

sobresalientes en la elección y redención, presentaría ventajas de cara a la comprensión del tema.

Comenzaremos por el principio del Antiguo Testamento, continuaremos con el Nuevo Testamento, y concluiremos con un escenario final.

El elegido

El Antiguo Testamento es la historia de la elección. Es la historia de la elección de un pueblo --hombres y mujeres-- por Dios. Adán y Eva gozaban conjuntamente de los dones preternaturales. Esto se hace especialmente conmovedor en que cada uno come individualmente de la fruta prohibida. El pecado de desobediencia no le viene a uno por culpa del otro: ambos son culpables y ambos son castigados.

Sin embargo, la pérdida de los dones preternaturales y el destierro del Jardín del Edén no causa la aniquilación de la «imagen de Dios» o la dependencia de la humanidad de Dios. Adán y Eva son los procreadores, y es Eva la que reconoce

que su primer hijo, Caín, es un don de Dios – «He tenido un varón con el favor de Yahvé» (Génesis 4,1). Asimismo, Eva vio la mano de Dios en el nacimiento de Set para restaurar la pérdida de Abel; es con el nacimiento del primer hijo de Set cuando los hombres empezaron a invocar el nombre del Señor (Génesis 4,25-26). Y de esta manera los hombres y las mujeres invocaron al Señor, con frecuencia con resultados mezclados de confusión, destrucción y restauración, hasta que el Señor escogió a un antepasado y a una antepasada en las personas de Abraham y Sara.

La llamada inicial a Abraham (Génesis 12,1-3) no es hecha a un individuo solamente sino también a un hombre casado (Génesis 11,29). Así, Sara es depositaria integral de la promesa del Señor de bendecir a Abraham, su progenie y su tierra. A pesar de la cobardía de Abraham al ofrecer a Sara al Faraón de Egipto (Génesis 12,10-20) y a Abimelek de Gerar (Génesis 20,1-7), el Señor la protege.

Sin embargo, la falta de confianza de Abraham en la fuerza de Dios es paralela a la falta de confianza de Sara en la promesa de Dios. Es Sara quien envía a Hagar (la egipcia) a su marido para forzar la promesa de Dios (Génesis 16,1-6); es Sara quien duda de Dios y se ríe de la perspectiva de un hijo a su avanzada edad (Génesis 18,9-15).

El intento de dar la vuelta al plan de Dios a través de la fecundidad vicarial de Hagar con Ismael es tanto una falta de Abraham como de Sara, y es rechazada por Dios. Aunque Dios muestra compasión por Hagar e Ismael, permitiéndoles participar parcialmente en las promesas hechas a Abraham (Génesis 16,7-14; 21,13-21), no habrá heredero sin la intervención directa de Dios y su reconocimiento.

Con la intervención divina (Génesis 21,1-2), Sara concibe y da a luz a Isaac. Así también, Génesis 22 cuenta el reconocimiento de Isaac por Abraham como un don de Dios en una de las más conmovedoras perícopas del Antiguo

Testamento. Las bendiciones sobre Abraham y Sara son abundantes. La progenie es completa en Abraham y Sara. Sólo queda la tierra. Sara se convierte en el signo por el cual Canaán será reclamada para siempre por los descendientes de Abraham y Sara. A la muerte de Sara, Abraham compra una cueva a Efrón el Hitita en Canaán y la entierra allí (Génesis 23,1-20), puesto que resulta inverosímil que la madre y antepasada sea enterrada en suelo extranjero.

Rebeca

De igual manera, no es plausible que su hijo, Isaac, pueda casarse entre gente extranjera. Abraham lo despacha a sus parientes y a los de su mujer para encontrar una compañera aceptable, Rebeca. Isaac presenta la cobardía de su padre; como actuó el padre, actúa el hijo, Isaac está dispuesto a arriesgar la integridad de Rebeca por su propia seguridad (Génesis 26,1-11).

El papel de Isaac, a parte de engendrar a Esaú y Jacob, es pequeño en

comparación con el de Rebeca. Es a Rebeca, no a Isaac, a quien Dios revela la naturaleza que lucha en su vientre, que el menor usurpará al mayor (Génesis 25,23). La preferencia de Isaac por Esaú no favorece el plan de Dios, pero el amor de Rebeca por Jacob es recompensado por la venta de la primogenitura por Esaú.

Además, gracias a sus maquinaciones, es Rebeca quien sirve de instrumento a la voluntad de Dios al obtener la bendición para Jacob en vez de para Esaú, y es Isaac quien se queda en la oscuridad ante los planes de Dios. Esaú se casa entre extranjeros, los Hititas (Génesis 26,34-35). La enemistad entre los dos hermanos, que comenzó en el vientre de Rebeca, continúa como un motivo que se repite y que causa que Jacob se refugie con los parientes de Rebeca para encontrar una esposa aceptable, Raquel.

Jacob y Raquel se convierten en los padres de las tribus que forman el pueblo hebreo. Es a través del primer hijo de Raquel, José, que la bendición, la

progenie y la tierra alcanzarán un cumplimiento intermedio en Egipto. Raquel es la verdadera esposa de Jacob, aquella que él desea y ama más, y la madre de José y Benjamín. Raquel es aquella de quien Dios se acuerda al abrir su vientre con José y accediendo a su deseo por segunda vez con Benjamín antes de su muerte en el parto (Génesis 30,23-24; 35,16-18).

Además, su cuerpo se convierte en otra marca para reclamar Canaán, cuando Jacob la entierra en Belén (Génesis 35,19; 48,7). Y aunque cada tribu no está ligada a Raquel directamente, los progenitores de la prosperidad en Egipto son sus dos hijos, José y Benjamín. Sin Raquel, es imposible concebir la fortuna y fertilidad de los hebreos como la descubrimos al inicio del Éxodo.

A partir de Eva, Sara, Rebeca y Raquel se constituye y prospera todo un pueblo. Cuando es oprimido y esclavizado aquel pueblo, son las mujeres –Sifrá y Puá, las parteras, la hermana no nombrada del Faraón y la madre no nombrada de

Moisés- quienes protegen al futuro líder de los hebreos, Moisés, a quien Dios escoge para guiar a su pueblo al cumplimiento de la elección en la tierra prometida, porque Dios ha oído el grito de sus súplicas (Éxodo 3:7). La elección del pueblo hebreo es precursora de la redención de todos los pueblos en Jesucristo. Y al igual que las mujeres juegan un papel vital en la elección, también juegan un papel vital en la redención.

El redimido

El Nuevo Testamento es la historia de la redención. Es la historia de la redención de todos –hombres y mujeres- por Dios. En el centro de la redención, por supuesto, está el Redentor, Jesucristo, uno con el Creador, el Padre, y el Santificador, el Espíritu Santo. Los santos evangelios tienen como objetivo describir las palabras y hechos inmediatos del Redentor, así como otros libros cuentan las palabras y hechos de sus apóstoles y discípulos.

Hablar de cualquier persona, hombre o

mujer, después de la venida del Verbo encarnado, es hablar de él o de ella en relación con dicho Verbo. Específicamente, los evangelios hablan de una serie de hombres y mujeres en la vida y obra de Jesús, en donde la elección del Padre es transubstanciada en la Redención por el Hijo a través del Espíritu Santo.

No hay mayor exaltación de la raza humana que el hecho de que el Hijo de Dios se haga hombre y nazca de mujer. No hay ser humano más cercano a Dios que su madre, María, quien como Theotokos lo lleva en su seno con un amor más allá de las palabras. María es la mujer más importante en el orden creado y por fuerza la más importante mujer de la Biblia.

María es la «nueva Eva», con cuyo fiat el plan de Dios para la redención se pone en marcha para que las faltas que comenzaron con la primera Eva puedan ser expiadas en su Hijo. Es en el momento de su obediencia sacrificial en la Cruz cuando Jesús confía la Iglesia a su

madre y su madre a la Iglesia (Juan 19,25-27). Esta exaltación de su madre manifiesta la importancia de las mujeres en su vida y provee el paradigma de su relación de respeto y compasión con las mujeres.

Hay mujeres en los momentos más significativos de la vida de Jesús. Isabel, con Juan Bautista todavía en su vientre, es la primera mujer (además de María) en adorarlo y en reconocer el cumplimiento de la promesa de Gabriel a María (Lucas 1,42-45).

Y es la voz de Raquel la que entona el luto por los Santos Inocentes (Mateo 2,16-18; ver Jeremías 31,15; 40,1), cuya matanza por Herodes es la prefiguración del rechazo de Israel y del asesinato del Mesías en la Cruz. Hay más mujeres que hombres a los pies de la cruz (Mateo 27,55-56; Marcos 15,40-41; Lucas 23,49; Juan 19,25-27).

Se recuerdan más las actividades de las mujeres ocurridas inmediatamente después que las de los hombres (Mateo

27,61; Marcos 15,47; Lucas 23,55-56; ver Juan 19,40-42). Las mujeres están entre los primeros testigos de la Resurrección (Mateo 28,1-6; Marcos 16,1-12; Lucas 24,1-12; Juan 20,1-2, 11-18). Por lo tanto, las mujeres están presentes de manera substancial en la Encarnación y en la Redención.

Hay también mujeres que son muy significativas en el ministerio terrenal de Jesús como beneficiarias de su respeto y compasión. Según Lucas (8,1-3), había muchas mujeres discípulas de Jesús, que viajaban junto con Él.

De hecho, el recuerdo de la presencia de Jesús en la casa de Marta y María, donde Jesús tendría más mujeres escuchando sus enseñanzas que ocupándose de otras cosas, ilustra el respeto de Jesús por las mujeres (Lucas 10,38-42; ver Juan 11,1); puesto que deben cooperar en su propia salvación, las mujeres necesitan aprender de Jesús tanto como cualquier otra persona.

De igual manera, las mujeres necesitan

reformar sus vidas. Juan (4,7-42) recuerda el respetuoso encuentro de Jesús con una mujer samaritana. Queda claro que Jesús sabe que ella es una samaritana, y muy pecadora, pero él no la regaña. Por el contrario, le explica quién es Él y lo que significa su venida. Los discípulos de Jesús no lo entienden, pero el Señor sabe exactamente con quién está tratando y a través de esta mujer muchos samaritanos llegaron a creer (Juan 4,39).

Jesús pone también de relieve la generosidad y ejemplo de una pobre viuda como una lección para sus discípulos (Marcos 12,41-44; Lucas 21,14). Quizás el retrato más llamativo del respeto de Jesús por las mujeres (y amor por las pecadoras) se dibuja cuando pone a una prostituta como un ejemplo para Pedro (Lucas 7,36-50). En la cena en la casa de un fariseo, una prostituta limpia los pies de Jesús con sus cabellos y lágrimas y los unge con aceite. Lucas indica que es el fariseo el que cuestiona a Jesús en su interior, pero es a Pedro a quien se dirige la lección sobre el pecado

y el perdón.

De esta manera, la compasión de Jesús por las mujeres es ilimitada. Él levanta a la hija de Jairo de la muerte (Mateo 9,18-19, 23-26; Marcos 5,21-24, 35-43; Lucas 8,40-42, 49-56) y al hijo de la viuda de Naín (Lucas 7,11-17). Al ver a una mujer doblada por la enfermedad, no puede dejarla sin curar, aunque ella no pidió su compasión e incluso auque el hecho pueda levantar la ira de algunos al realizarse en Sábado (Lucas 13,10-13; ver Mateo 12,11-12; Juan 5,1-18). La compasión de Jesús por las mujeres no se limita a las hijas de Israel, puesto que Jesús arranca un demonio de la hija de una mujer sirofenicia (Mateo 15,21-28; Marcos 7,24-30).

Posiblemente el momento en que más se mueve a compasión Jesús tiene lugar en Juan 8,1-11. Jesús está enseñando en el templo cuando los escribas y fariseos le llevan a una mujer que había sido sorprendida en adulterio; su intención es apedrearla, porque su culpabilidad está clara y la ley de Moisés así lo prescribe.

Pocas son las palabras de Jesús: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra». A sus palabras, ellos se marchan, pero la mujer se queda de pie frente a él. Y Jesús dice a la mujer adúltera palabras que resumen su compasión hacia la raza humana que Él redime – «Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más».

El testimonio bíblico de las mujeres
El escenario del testimonio bíblico de las mujeres muestra cómo comparten íntimamente con los hombres los momentos bíblicos más significativos. En todos, por lo que resulta vano intentar separar el testimonio de las mujeres del de los hombres o viceversa. Los acontecimientos bíblicos transcendentales de la elección y de la redención no tienen diferencias de sexo; son momentos de una identificación entre Dios y la humanidad que como mejor se entienden es de acuerdo a una experiencia humana unificada, más que de acuerdo a alguna posible forma de tensión entre el hombre y la mujer.

Sin embargo, en el momento en que podemos distinguir las figuras bíblicas para aprender de los éxitos o errores de nuestros predecesores en la fe, nos damos cuenta que tenemos mucho que aprender del testimonio de las mujeres bíblicas. Tres temas generales resultan evidentes: el lugar de la humanidad en la elección de Dios, el lugar de la humanidad en la redención del Señor; y la fundamental dignidad de la humanidad.

Primero, los hombres y las mujeres son instrumentos en la elección de Dios desde los inicios. La historia del acto creativo de Dios es tanto una historia sobre Eva como sobre Adán. La preparación del pueblo elegido por Dios es tanto una historia sobre Sara, Rebeca y Raquel como sobre Abraham, Isaac y Jacob. Todo lo que comienza con la teofanía de Dios a Moisés en Éxodo 3 se ha preparado en concierto con los hombres y las mujeres de su elección, para que Israel pueda convertirse en «un reino de sacerdotes, una nación santa» (Éxodo

19,6; ver Isaías 61,6).

El Antiguo Testamento proclama un principio divino sobre la preocupación de Dios por su creación. Es una preocupación que coloca a los seres humanos –tanto hombres como mujeres- en una relación con Él, gracias a la cual pueden participar en una asociación con Él, a pesar del pecado original y anticipar su redención por Él en la persona de su Hijo.

Los hombres y las mujeres participan en igualdad en su promesa de bendición, de progenie y de tierra hecha a Abraham. También son herederos en su significado más profundo de la promesa inicial, una realidad velada en el Antiguo Testamento y revelada en el Nuevo: que obtendrán no sólo bendición sino también la redención, no sólo progenie sino también vida eterna, y no sólo tierra aquí sino también un hogar en el cielo.

Segundo, los hombres y las mujeres son instrumentos en la redención del Señor. Al igual que Dios permitió su participación

en el Antiguo Testamento, también permite su participación en la vida y la labor terrenal del Redentor. Dado el carácter único de la persona y naturalezas –divina y humana- de Jesús, no existe analogía alguna con cualquier hombre o mujer que resulte ilustrativa, ni hay hombre o mujer que se le pueda comparar.

No importa lo digno que se vuelva un hombre o una mujer por su imitación de Cristo, no importa cuánto merezca un ser humano la dulía, la latría sólo se debe a Dios –Padre, Hijo y Espíritu. Sin embargo, con relación a esto, la Bienaventurada Virgen María se queda sola en medio de los seres humanos. Su papel clave en la elección y en la redención es singular. Por la divina providencia, María merece nuestra hiperdulía. Como Eva era «la madre de todos los vivientes» (Génesis 3,20) en un sentido natural, María es la madre del Redentor y madre de los redimidos, es decir, «la madre de todos los vivientes» en un sentido sobrenatural.

La elección llega a su plenitud de manera

maravillosa en la redención. Por eso, Pedro puede reinterpretar correctamente la comprensión de Éxodo 19,6 por la que Israel se constituye en el nuevo Israel, la Iglesia, «linaje elegido, sacerdocio real, nación santa» (1 Pedro 2,9). En la nueva situación, como apunta Pablo, «ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa» (Gálatas 3,28-29).

Finalmente, la bondad del Señor para su pueblo, hombres y mujeres, ejemplifica la realidad de la dignidad humana en el orden creado. Desde el principio, hombres y mujeres fueron hechos a «imago Dei», y gracias a la Encarnación todos los hombres y mujeres están invitados a participar de los frutos de la Pasión y la Resurrección. La imagen que nos presenta el Antiguo Testamento de las mujeres hace obvia el respeto y compasión de Dios por ellas.

Con respecto a nuestra edad

contemporánea, al comenzar el tercer milenio del cristianismo, las mujeres deben ver su papel en la historia de la salvación como algo crítico para la revelación y redención de Dios. Las mujeres necesitan centrarse en los beneficios de Dios para con ellas, especialmente en su elección de una mujer como la madre de su Hijo. La cima de la gratuidad de Dios y el testimonio colectivo de la Biblia demuestran la importancia de las mujeres en la voluntad salvífica de Dios.

Desde el principio, hombres y mujeres han sido llamados a la unión con Dios. De hecho, es una mujer, hablando a otras mujeres, quien resume todo el testimonio bíblico presentado a la humanidad, cuando Isabel dice a María: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lucas 1,45).
ZSI02112303